Carta abierta a

Un día Diego de Esquivel se puso a escribir cuentos. Era cuando lo del Congreso. Aquel día le salió éste. Un cuento corto, mejor, una historia que se repite con frecuencia.

¿Sabes, María Mercedes, que estuve junto a ti en la ceremonia de la gigantesca ordenación sacerdotal en el *Stadium* de Montjuich? Pues, efectivamente, fué así. Es una pena que no me reconocieses. Pero yo en seguida me di cuenta de quién eras y me fijé mucho en las dos. En ti y en Mari Carmen, tu hija mayor, que, muy abiertos sus ojazos, contemplaba, con toda la admiración de que son capaces sus floridos catorce abriles, aquel maravilloso espectáculo.

Te vi, María Mercedes, esperando impaciente a que abriesen las puertas. Te vi vacilar nerviosa, no sabiendo cuál sería el mejor sitio. Te vi estremecerte cuando empezó el gigantesco desfile de los ordenandos. Y, sobre todo, te vi cómo cantabas con toda tu alma aquellas inolvidables letanías pidiendo al Señor su más ancha bendición para los centenares de jóvenes que, tendidos sobre el césped, se preparaban a recibir el sacerdocio. Y luego, cuando el silencio se hizo más tenso y más emocionado que nunca, a la hora solemne de la Consagración, vi que llorabas ya sin recato. Que no disimulabas, como durante la primera parte, las lágrimas. Las que luego volvieron a salir otra vez cuando el Cardenal Legado daba sus bellos consejos a los ordenandos.

¿Tanto tiene de particular?, me dirás. No, mujer. Antes al contrario: ¡Si lo lógico era que llorásemos todos! ¡Si nunca te hubiésemos podido perdonar el que hubieses dejado de ir o el que te hubieses inhibido del maravilloso espectáculo!

Y cuando terminó la ceremonia..., ya no sé cómo saltasteis. Pero cuando me quise dar cuenta estabais ya entre los familiares de los ordenandos. Oyendo aquella frase, que tanta gracia nos hizo:

— Dicen que tengamos paciencia. Ya hemos obedecido bastante. Yo voy a abrazarle y se acabó.

Entonces... no creas que no me di cuenta. Vi en ti un movimiento de envidia. ¡No lo niegues, mujer, que era muy santa! Pero teníais envidia. De aquellos hombres, de aquellas mujeres, de todas aquellas familias felices que lloriqueando y transfiguradas besaban las manos de unos ordenandos que eran *suyos*. Y oyendo aquellos comentarios: "¿Quién nos lo había de decir que nuestro Manolín...?"

Me llamó más la atención porque, recuérdalo bien, allá, en el colegio, eras un poco más orgullosita. Y, sin embargo..., ¡entonces estabas teniendo envidia de Elisa, la costurera que os hacía los trajecillos de casa cuando érais pequeñas! Ahora veíais el por qué del trabajo que se tomaba. Pagaba la carrera a uno de sus hijos. A ése cabalmente que, llorando y riendo al mismo tiempo, os tendía sus manos para que las besaseis.

•

Te va a dar un poco de rabia. Pero también vi lo otro. Y eso que creíais, bobas, que iba a quedar entre vosotras dos solas.

Cuando en un rincón de las galerías de acceso ayudabas a Mari Carmen a quitarse la chaquetilla de punto que había tenido puesta, porque el traje llevaba demasiado poca manga, aprovechaste la ocasión para decir al desgaire, casi como un susurro:

— Mira que si José Mari...

Y Mari Carmen encendió una luz de ilusión en sus ojos, contestándote:

— ¿Quién sabe? Es tan buenecito...

No hablasteis más. Pero cuando pasaban los autobuses llenos de ordenandos y aplaudíais, yo adivinaba que aplaudiais, sí, a aquellos nuevos sacerdotes, pero que aplaudíais también, ¿no es verdad?, a un posible José Mari recién ordenado.

— ¿Y por qué no, María Mercedes?

Claro que la vocación la da el Señor, y libre es Él de llamar a quien quiera y como quiera. Ya sé que algunas veces has pensado incluso en que hace cosas

PORTADA: María, Madre de Jesús Eterno Sacerdote, ¡protege a nuestros 26 nuevos sacerdotes!

María-Mercedes

bastante raras, reservándose para Sí miembros de familias que no parecían merecer una gracia tan grande.

Pero... lo que ordinariamente ocurre no es eso. Tú lo viste en el *Stadium*, cuando contemplabas las familias de los ordenandos. La mayor parte de ellas, muy humildes. Otras, acomodadas. Pero todas respirando bondad, piedad, fe hondísima, sencillez, pureza... Recuerda que lo comentabas con Mari Carmen: "El bueno de la familia no era el seminarista exclusivamente. Lo eran todos". Aquellas hermanas tan recatadas, tan modestas, tan sencillas. Aquellos hombrecitos, llenos de respeto y veneración. Aquellas ancianitas que lloraban silenciosamente, hilo a hilo, porque aquel instante que estaban viviendo lo habían comprado muchas privaciones y disgustos.

¿De veras quieres que José Mari...? Pues pon manos a la obra. Es necesario que el ambiente de tu casa sea tal, que su vocación, si el Señor se dignase sembrarla, no se frustre. Es necesario que Mari Carmen se parezca más a aquellas hermanas de ordenando que veíais, y le alargues un poco las mangas y le exijas un poco más de seriedad en algunas cosas. Y que tu marido cuide más de las historias que cuenta. Y que todos habléis con más aprecio y más respeto de los sacerdotes. Y que esas revistas que recibís no sean tan mundanas. Y que el veraneo del próximo año... no sea como el último.

Entonces... Yo no te puedo asegurar que aun así el Señor quiera visitar tu casa y consagrar a José Mari. Pero... ¡si todos se lo pidieseis! No a José Mari, a quien hay que dejar en paz, pues toda libertad en estos asuntos resulta poca. Sino a El, a Jesucristo, tan presente en aquella ceremonia. Pídeselo, pero con generosidad. Sin poner cortapisas. Con una entrega ilimitada y confiada. Para tu parroquia. Para las Misiones, para lo que El quiera.

¿Verdad que os oirá? Yo estoy seguro.

¿Quieres que soñemos un poco? Y llegará un día en que tú, ya bajo el peso de los años, pero todavía joven, mojes las manos de tus hijos como las veías mojar, a fuerza de lágrimas, llorando sin poderlo remediar. Y entonces, abrazándote a la mayor, le susurres al oído:

— ¿Te acuerdas de aquel día del Congreso?

Y entre las dos recordéis, sí, aquel día, pero como comienzo de una etapa en que tu hogar empezó a ser más cristiano, más limpio, más alegre, más recatado..., para hacer posible que floreciese esa vocación que después se ha trocado en gozoso fruto.

Esto va a pedir también para vosotras este vuestro vecino de localidad en el *Stadium*.

Mn. José María Alimbau Argila
Mn. Juan Andreu Vergara
Mn. Esteban Arrese Beltrán
Mn. Buenaventura Bagaría Blanxart
Mn. Valentín Balaguer Planas
Mn. Manuel Balasch Recort
Mn. Luis Bonet Riera
Mn. Carlos Cardoner Blanch
Mn. Manuel Folch Ribas
Mn. Francisco Foraster Ruiz
Mn. Joaquín Gomis Sanahuja
Mn. José Gonzalbo Paituvi
Mn. Jorge Jané Jané
Mn. Joaquín Martínez Roura
Mn. Ramón Mascorda Martí
Mn. Francisco Meseguer Artola
Mn. Francisco Miracle Romeu
Mn. Tomás Parellada Roig
Mn. Narciso Puig Llonch
Mn. Pedro Relats Arimón
Mn. José Rius Camps
Mn. Salvador Sallent Vendrell
Mn. Jorge Sánchez Bosch
Mn. Mateo Santacana Capella
Mn. Jaime P. Sayrach Fatjó dels Xiprers
Mn. José María Via Taltavull

fueron ordenados sacerdotes en Esparraguera el día 21 de septiembre.

Sus padres y sus madres, que han estado muy cerca de ellos (¡también, y más!, los que están en el Cielo) saben lo que es "aquel día... grande!"

Hay que lograr que sean muchas, muchísimas más, las afortunadas madres que puedan repetir de verdad estos versos:

Para tu primera misa
te haré yo el alba... ¡de encaje!

Te la haré poquito a poco,
un ratito cada tarde,
pensando en mi Dios y en ti
con delicia inenarrable.

Mientras la gente se mueve
y va y viene por la calle,
mientras revoloteando
trenzan sus trinos las aves;
mientras las flores perfuman
con sus aromas el aire;
mientras el agua del río
va cantando por su cauce,
y el gañán, tras de los bueyes,
silba una balada suave...;
mientras el sol, lentamente,
tras la peña va a acostarse,
poniendo un beso en los pies
de la Virgen de este valle...;
mientras este mundo rueda
por el espacio insondable
y sus hombres sueñan, ¡locos!
en vicios y vanidades,
y, lo que es más triste aún,
en bombas para matarse...,

en una sillita baja,
de ese cuarto que tú sabes,
estará, teje que teje,
con sus bolillos, encaje
— como una hábil arañita —
para tu alba, tu madre.
Al parecer, será de hilos,
muchos hilos, que, al cruzarse,
formarán mallas, calados,
milanos y cien enlaces.
Eso será lo visible...
Lo invisible — ¡Dios lo sabe! —
serán hilos de ilusión,
de cariño y soledades,
de esperanzas infinitas,
de recuerdos imborrables,
que irán formando un tejido
de amores inacabables...
Y ése sí es el verdadero
encaje que hará tu madre
para que adorne tu alba
aquel día memorable.

No lo olvides, hijo mío;
mientras al caer la tarde,
de codos sobre tus libros,
de cara a los ventanales
del Seminario, sonríes,
o quizá suspiras, sabe
que nunca, ¡nunca!, estás solo,
que junto a ti está tu madre,
que en ti piensa y en ti sueña,
y por ti está haciendo encaje
que adornará tu alba blanca
aquel día... ¡grande!,
en que a tus manos de hombre
bajará el Dios de los ángeles.

INTENCIÓN. — Para que los 26 nuevos sacerdotes ordenados el 21 de septiembre, sean siempre verdadera sal y verdadera luz del mundo.

BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Octubre de 1957

SUPLEMENTO DEL B. O. DEL OBISPADO
B A R C E L O N A